

# CALABAZAS en el trastero



*Arañas*

# Prólogo:

## Cuando el miedo araña

**A**rañas, esos encantadores animalitos... Seguro que más de una vez has machacado alguna, o has visto como huía a velocidad de vértigo y desaparecía en hendiduras imposibles. Arañas. Deja que te hable de arañas, puede ser aleccionador. Yo he tenido un par de experiencias personales con ellas que quizás te interese conocer.

Checa era un imbécil, siempre se estaba chuleando y metiéndose con todos; a mí solía tirarme el cuaderno de las tareas al suelo y pisotearlo; más de una vez presenté mis deberes con la suela de sus zapatillas de deporte impresa sobre las ecuaciones de primer grado. Imagino que ahora ocupará algún cargo importante, probablemente sea uno de esos banqueros que se ríen en tu cara cuando les pides un crédito y arroja la solicitud a la basura antes de que abandones el despacho.

Bueno, al grano, el caso es que aquella tarde, al salir de clase, coincidimos en la puerta del colegio, algo inevitable. Estaba vacilando y propinando empujones a diestro y siniestro, como siempre. Bueno, pensándolo bien, quizás ahora sea uno de esos porteros de discoteca que propina palizas a cualquiera que no le mire bien. El caso es que el sol refulgía en el cielo y el chulo de Checa se encontraba muy cerca de un árbol confinado en un reseo alcorque. La luz del sol perfiló de plata un hilo invisible apenas mecido por el viento. Centré mi vista en esa línea difusa y comprendí que se trataba de un hilo de telaraña.

Checa vociferaba, como era normal en él. Había agarrado por el cuello a una de sus víctimas habituales y se dedicaba a revolverle el pelo como una abuela enloquecida que sufriera un ataque de parkinson extremo. Por supuesto, nadie le dijo nada. Yo busqué el brillo del hilo, era casi imposible mantener la vista fija en él, me pasaba como



con esas malditas ilustraciones de “El ojo mágico”: desaparecían en cuanto empezaba a descifrar la imagen. Pero logré distinguir a la araña que se encontraba a mitad de la hebra. No era un tarántula, ni mucho menos, pero sí tenía un buen tamaño, sentí un pequeño estremecimiento, daba cierto repelús. Observé fascinado cómo descendía por el hilo con una facilidad pasmosa, como uno de esos equilibristas chinos. Checa se desplazó un poco, su víctima trastabilló y se le cayeron las gafas. El hilo quedó adherido del cabello del chulito, la araña descendía a buena velocidad.

—¿Qué miras, payaso? —me dijo sin soltar a su desvalida víctima. El pobre chico gimió un poco, pero había logrado atrapar las gafas al vuelo.

Tragué saliva, comencé a mover mi brazo para señalar a la araña que se dirigía hacia el cuero cabelludo de Checa sin que él se percatara. Tenía que avisarle.

—¿Quieres tu ración? —insistió, sujetando al chico como quien lleva un abrigo al brazo.

Negué con la cabeza y frené el movimiento de mi brazo, miraba un palmo por encima de él. No sé cómo pero logré hacer un zoom de acercamiento sobre la araña, la vi grande, inmensa, cubierta de áspera y corta pelusa; no sé, quizás lo imaginé. Ya estaba muy cerca de los cabellos de Checa.

—Yo... no. Ya me voy...

Pero no me moví. Vi cómo la araña aterrizaba con una gracia casi femenina sobre la cabeza de Checa, se posó con la elegancia de una de esas bailarinas que usan tutú y andan de puntillas en el escenario para no despertar a los espectadores, con la suavidad del beso que mi madre me daba cada noche antes de apagar la luz. El bicho se movió tan despacio como los astronautas que habían alunizado hacía unos meses y buscó un mechón rebelde para perderse debajo de él.



Checa dejó caer al muchacho como si fuera una cáscara de cacahuete y dio un paso hacia mí.

—¿Quieres dejar de mirarme como un idiota?

—Es que... es que... —le señalé la cabeza. El hilo de plata ya había desaparecido arrastrado por las olas del viento o quebrado por el movimiento de Checa. Tenía que decírselo. Avisarle. Una araña se había colado en su cabeza.

Di media vuelta y eché a correr. Estuve a punto de perder el libro de sociales. No pude evitar mirar hacia atrás e imaginar a la araña anidando en sus cabellos, depositando sus huevos, horadando su piel, infectándole su potente veneno. Bien por ella.

Afortunadamente, Checa no me persiguió, había tropezado con su víctima, las gafas del chico volvieron a salir disparadas. Sus padres habían hecho una buena inversión al comprarlas irrompibles.

Aquella noche soñé con la araña que vivía en la cabeza de Checa. Ojala le devorara. Y, más que imaginarla, me identifiqué con ella, me convertí en ella; agité mis patas nerviosamente y abrí mis fauces de acero para clavar mis dientes afilados en su piel grsienta. Acabé con él.

El día siguiente, jueves, Checa no vino a clase. ¡Bien por la araña!

El viernes volví a presentar las ecuaciones con una huella de zapato.

Después de todo, ya os he dicho que la araña no era tan grande.

Eso sí, ahora que lo pienso con detenimiento, estoy casi seguro de que actualmente Checa será uno de esos políticos embusteros y ambiciosos que pisotean los sueños de los ciudadanos. Me encantaría ser la araña que perforara su cráneo duro y siniestro.

Cuando alguien me habla de arañas, esto es lo primero que me viene a la mente el asco y el miedo que me dio ver como se posaba sobre la cabeza de Checa y también esa sensación de justicia poética



impartida por uno de esos animalejos. Así que mi experiencia con las arañas no había sido tan mala y me caían bastante bien: le habían dado una pequeña lección a Checa y le habían proporcionado sus superpoderes a Peter Parker (una de mis personajes preferidos). Casi hasta me caían bien, hasta... hasta... hace poco. Joder, me duele recordarlo... hasta... aquella tarde en el pueblo, muchos años después.

Si queréis quedaros con buen sabor de boca, dejad de leer este rollazo de prólogo y pasad a los relatos. Valen la pena, os lo aconsejo de veras; sin embargo, si estáis dispuestos a escuchar una historia desagradable y completamente real, seguid leyendo. La elección es vuestra. Podéis quedaros con la araña en la cabeza de Checa, todo muy limpio y un pelín nostálgico, o podéis seguir.

Veo que continuáis. Bien, vale, como queráis, yo ya lo he avisado.

Ya puestos, aprovechemos para hacer un poco de terapia, me vendrá bien. Os he explicado que las arañas no me caían mal del todo, “Aracnofobia” y “Arack atack” me parecieron películas divertidas y sus imitaciones también me entretuvieron. No, las arañas no me daban miedo. Seamos realistas, en el peor de los casos no eran nada que no se pudiera arreglar con un periódico doblado o un buen zapatazo. Hasta... los sucesos del pueblo... Uff.

No hace mucho, mi mujer me obligó, a punta de amenazas sexuales, a pasar un fin de semana en una “bonita” casa de pueblo en una localidad perdida (por favor, obsérvense las comillas y la cursiva en “bonita”, en este caso todo es poco para indicar sarcasmo), en plan turismo rural no autorizado. Imagina: sin internet, sin ordenador, sin televisión, sin ciudad. Un fin de semana romántico y maravilloso, en plena naturaleza, libres y asilvestrados. No tenía que haber cedido a su chantaje por mucha puntilla transparente que metiera en la maleta.

Era una casa de pueblo decrepita y destartalada. La llave era una de esas antiguas que no caben en los bolsillos, tan larga como dos veces mi móvil (y con tanta cobertura como él, por cierto). Nos avi-



saron de que la luz era de 125 (supongo que se referían al año de la instalación). Rogué porque no lloviera, estaba seguro de que esas vigas de madera carcomida no resistirían el impacto de más de una docena de gotas. La palangana y la jarra de cerámica que había en el dormitorio aportaban un aire romántico, siempre y cuando no pensaras en que probablemente alguien las habría utilizado como orinal (eso no quiere decir que yo lo hiciera, ¿eh? Que conste). Yo bajé hasta la letrina que había en el *patio* (cuyo nombre original había sido *corral* hasta un minuto antes de entrar nosotros en la mansión. Mira, ya ni me molesto en poner comillas en mansión). ¿Turismo rural? Una mierda, viaje al pasado. A la prehistoria, en concreto.

El caso es que, tras aposentarnos un poco y recorrer las casa, decidimos echarnos una siesta. (Alguien tenía que comenzar a cumplir sus promesas, ji, ji, ji). Nos tumbamos sobre la cama y el colchón nos absorbió. Quedé abducido por la lana de su interior. Estaba enterrado en vida entre ese tejido inmundo. Olía a jersey viejo guardado en un armario apolillado enterrado en polvo y recubierto de caca de oveja en un vertedero durante una calurosa tarde de verano en un país sacudido por la peste en un planeta en el que todos los habitantes hubieran muerto y estuvieran descomponiéndose al sol (incluso los del lado del planeta no iluminado). “Bienvenido a Villa ácaro” creó que llegué a leer en diminutas letras de neón.

No podíamos movernos, ambos estábamos tumbados boca arriba, como los personajes de los dibujos animados cuando caen por un abismo y su silueta queda recortada en el suelo.

—Joder, mira —dije logrando que mi dedo extendido asomara del colchón y señalara la pared de enfrente.

Todas las esquinas de la habitación estaban repletas de telarañas. Comencé a sentir una extraña comezón en todo mi cuerpo. Por fortuna estaba completamente vestido, no era yo quien tenía que desnudarme (y alguien todavía no había comenzado a cumplir sus prome-



sas...). Removiendo esa áspera natilla de lana que se utilizaba como colchón logramos ponernos en pie y sin necesidad de decir más palabras (que no fueran maldiciones por mi parte) decidimos que había que dar un *repasillo* a la habitación. Buscamos una escoba para proceder a realizar una limpieza más o menos exhaustiva. Lo primero que constatamos fue que las arañas no temían a la escoba, vivían tan ricamente entre ella y la esquina, una urbanización de lujo tenían montada, con scalextrics de acceso y todo. Lo cual, por cierto, no hablaba muy bien de los hábitos de limpieza de los propietarios de la vivienda.

Una hora después habíamos limpiado todas las esquinas del cuarto, incluso las del viejo armario cojo que olía como si almacenara colchones muertos. Mi mujer me había ofrecido un recital completo de *puaggs*, *ufffs* y *aiggs*; con varios bises, remixes (en versión dub) y una selección de grandes éxitos. Admito que yo grité un par de veces como una colegiala cuando algunos de los habitantes de las telarañas salieron disparados de forma inesperada. Sin embargo, mi mujer lo recuerda como un rato divertido y entrañable. Una mezcla de comedia romántica y película de Woody Allen. En realidad fue una asquerosidad, una gran mierda. Ah, bueno, sí, a fin de cuentas, pensándolo bien, puede que ambos estemos diciendo lo mismo.

Nos tumbamos en el colchón con más precaución, en esta ocasión no surgió una nubecilla de polvo.

—Bueno, ¿qué? —dije pícaramente extendiendo mi brazo para localizarla en el colchón.

Uff, mierda, acabo de darme cuenta que ya he sobrepasado el espacio que tenía asignado para el prólogo, así que tengo que acabar ya, no puedo entrar en demasiados detalles, lo siento. Baste decir que siete minutos después ambos dormíamos como angelitos (angelitos hambrientos que hacía tiempo que no se enrollaban, ¿vale? No me pidáis más explicaciones).



Tampoco puedo entrar en detalles sobre lo que ocurrió a continuación y en cómo nos despertamos, tendréis que imaginároslo. Solo os puedo decir que cometimos un grave error, un error muy importante: no se nos ocurrió limpiar debajo de la cama. Ni siquiera habíamos mirado. Error, gran error. Ya te digo. Lo de Checa no fue nada. Puedo asegurároslo. Me desperté somnoliento pensando que mi mujer estaba haciéndome cosquillas, sonreí, quería más guerra, esas carantoñas no me las hacía a menudo. Oí su voz que decía: “Ay, David, ji, ji, deja de acariciarme”. Abrí los ojos.

Y grité.

Mierda, no tengo tiempo para más detalles.

En fin. Si vosotros también queréis gritar, si deseáis conocer más cosas sobre las arañas y el miedo, lo mejor será que sigáis con los relatos que componen esta antología, allí sí que encontrareis estremecimientos y terror. Lo más probable es que durante la lectura sintáis unas patitas frágiles recorrer vuestra piel, que tengáis que tantear vuestra cabeza para no sufrir el síndrome Checa y que os veáis obligados a dormir con un buen insecticida junto a la cama (de esos que en realidad solo “colocan” a las arañas y las vuelven más marchosas). Y es que, a fin de cuentas, las arañas son unos seres muy especiales, capaces de brindar justicia ante el matón de clase y de todo lo que viene a continuación...

David Jasso



# Strigoi

por Juan Ángel Laguna Edroso

**E**l tipo tenía algo de repugnante, de inquietante, pero era generoso y, por qué no decirlo, la única compañía que podía esperar en aquella taberna. Fue por ello que le aceptó otra pinta de cerveza y siguió entreteniéndole con sus anécdotas. Desde luego, esa calva salpicada de costras, esos incisivos prominentes, como de rata, y esos ojos enmarcados en bolsas violáceas eran secundarios frente al privilegio de la compañía -por pálida y apestosa que fuera- y la alegría con la que dejaba monedas sobre la barra.

—Así que es usted antropólogo —le dijo con su cascado acento de erres arrastradas.

William se sonrió desde detrás de su nueva pinta de regalo. Aquel tipo, definitivamente, le caía simpático. Normalmente le denominaban folklorista, o incluso cuentista, pero su amable anfitrión había captado mucho más precisamente la dignidad -e importancia- de su cometido.

—Sí, se podría decir que sí —repuso con petulancia—. Antropólogo, aunque no siga ninguna de las escuelas, digamos, más ortodoxas. A mí me interesa desentrañar los aspectos más insospechados de la tradición humana, los conocimientos que, disfrazados, nos acompañan en la corriente de saber sumergido, no sé si me entiende...

El interpelado se rascó con sus largas uñas quebradas el mentón antes de abrir de nuevo la boca, como si meditara la respuesta. En cualquier caso, evitó darla.

—Es por eso que se encuentra aquí, en los Cárpatos. —Más que una pregunta, era una afirmación; quizás una hipótesis.

—Precisamente, por eso mismo. Este viaje está relacionado con mi último trabajo —divagó mientras contemplaba, no sin cierta desolación, lo vacío que se encontraba ya su vaso. ¿Tan rápido estaba



bebiendo? Aquella rubia entraba como el agua...—, más concretamente con una faceta de mis investigaciones. Verá, actualmente estoy trabajando en un proyecto que gira en torno a Drácula, la novela de Bram Stoker.

Al oír aquella palabra -Drácula-, el tipo se recostó en su asiento con cierta prevención, como si marcarse una distancia. Dispuesto así, con su polvorienta casaca negra algo demodé, recordaba al nosferatu de Murnau, y William apenas pudo contener una risita. Demonios, efectivamente parecía que fuera a cruzar los brazos sobre el pecho para incorporarse bajo el influjo del *rigor mortis*... Sus palabras, en cualquier caso, no tenían mucho de cómico.

—Muchos turistas vienen aquí por Vlad Tepes. ¿Viene a estudiar a los turistas que siguen el fantasma del empalador? El señor Stoker nunca vino a Rumania a conocer al strigoi...

En la declaración, o al menos así se lo pareció a William, había algo de reproche. Quizás únicamente un deje amargo. Fuera como fuese, decidió evitar el tema y tomarse a broma la reflexión: aunque los turistas despistados fueran buena materia de estudio, él estaba allí por temas más serios. O más interesantes.

—No, bueno, no —se rió un poco nervioso—. En realidad me interesa más el mito que podemos rastrear bajo la idea del strigoi... se dice así, ¿no? —La mirada gélida que le devolvió su acompañante heló por un instante las palabras en su boca. Tuvo, además, la desconcertante sensación de que algo se movía bajo la manga deshilachada de su chaqueta, algo negro y peludo que contrastaba con la piel pálida y ulcerada—. Ejem, bueno. En realidad no es el propio Vlad quien me interesa, sino la idea de la succión de energía vital, del *vitae* si me permite el latinajo.

El tipo pareció relajarse ante la aclaración, y el propio William respiró tranquilo. Menos le gustó la tormenta de gestos que se desató a continuación: las manos del desconocido bailaron por el aire que les



separaba a una velocidad endiablada mientras lanzaba gritos en rumano. El investigador tuvo, incluso, la desagradable sensación de que una de esas largas uñas le había picado -sí, picado más que tocado- en el anverso de la mano.

—Bueno, vaya —carraspeó—, quizás es hora de que me vaya yendo —dijo sin comprender. Además, su cerveza se había terminado—. ¿No es muy tarde?

—¡No, no! —exclamó su anfitrión, fingiendo una alarma exagerada—. Es muy pronto todavía. Además, acabo de pedir otra ronda para lubricar nuestras gargantas.

La sonrisa que le obsequió le dejó, de nuevo, sin palabras. No obstante, no acertó a moverse, quizás porque se sentía muy cansado y algo somnoliento -y, sin duda, sediento-, así que, viendo que el camarero se aproximaba de nuevo, se dejó hacer. "Qué demonios", pensó cuando su propio anfitrión tomó la pinta de la bandeja y se la puso enfrente. Y así, aunque tuvo la desagradable impresión de que una uña grisácea se sumergía furtivamente en la espuma, dio un largo trago a su cerveza y siguió con su perorata.

—Vampiros, sí, de eso va todo esto, pero no de éstos vestidos ridículamente de aristócratas y afincados en sugerentes castillos de Transilvania, sino, simplemente, de los succionadores de esencia, de *vitae*. —Dio un nuevo tiento a su cerveza sin perder de vista a su paciente interlocutor, el cual tampoco le perdía ojo—. Como le iba diciendo, lo que me interesa es el strigoi, el incubo. No sé si sabe que es una palabra que emparenta con el strega italiano, que quiere decir bruja y, a fin de cuentas, succionador de energía, de *vitae*. En el fondo, es todo lo mismo.

—Usted busca vampiros —terció el otro ignorando sus hipidos, y William sintió cómo se le erizaba el vello de los brazos.

Había llegado el momento de la verdad, el instante mágico en el que revelaría su gran teoría y cosecharía el aplauso de su -reducido-



público. Entre las brumas alcohólicas, algo se sonrió en su cerebro: "eres grande, William, muy grande".

Acercó su cabeza a la testa blanquecina de su anfitrión, ignorando su olor rancio y sus amenazadores incisivos, buscando una complicidad que la escasa luz de la taberna ofrecía sobradamente sin tener que confraternizar tanto. Por un instante, la sensación de que algo reptaba bajo aquella casaca negra se reprodujo, y también sintió el descontrolado instinto de recorrer con la mirada el techo de la taberna (ese entramado de cañas del que pendían ristras de ajos, aperos y decoraciones rústicas bajo una pátina de polvo y telarañas), buscando adivinar el movimiento furtivo de unas patas negras... Al final, se sobrepujó a todas aquellas emociones agolpadas y desveló su teoría condensándola en una palabra:

—Arañas.

La mirada perpleja del nativo no consiguió borrar su sonrisa satisfecha mientras se echaba para atrás y tomaba un largo trago de su jarra. William era la viva imagen de la satisfacción, del intelecto encumbrado por su propio ingenio. Había algo tragicómico en el desencuentro que se había instaurado en aquella apartada mesa, aunque él no fuera consciente, como la mosca en la tela de araña.

—¿Arañas? —raspó el peculiar acento sin ocultar su sorpresa.

—Sí, bueno, arácnidos. Piénselo: Drácula no es más que una metáfora de la araña: se alimenta de sangre, tiende trampas a sus presas, se vale de las sombras y la oscuridad, es el gran depredador que se ampara en una apariencia que no le corresponde, en un subterfugio visual, sensitivo. Fascina como la araña a sus presas. Incluso los colmillos, la propia succión. ¿Qué marca deja una araña como picadura?

—Arañas...

William alzó su pinta satisfecho con el efecto conseguido, el cual interpretaba como un claro triunfo. Estaba convencido de que su libro



iba a ser un éxito. Un rotundo éxito. Y de que su anfitrión había añadido la admiración a su previo respeto.

—Estoy seguro de que voy a encontrar algún espécimen extraordinario —le confió con aire conspiratorio—, o al menos alguna referencia inequívoca en la tradición oral de esta zona. ¿Qué le parece? Fascinante, ¿eh?

El strigoi le sostuvo la mirada unos instantes, confuso. De alguna manera, le había cortado el apetito.